

blicado un libro antológico del Maestro, que es como un credo de la España tradicional. Y no en vano, tampoco, la parte más eficaz de la España que hoy triunfa está formada por las falanges de los que aprendieron a vivir y a crear a la sombra de don Francisco. En el libro que Madariaga publicó sobre España, pocos meses antes de sobrevenir la República, libro que en todo el mundo sonó a profecía—y la profecía se cumplió—destacaba agudamente el papel primordial de la Institución en la era nueva que se anunciaba. Y, en suma, tienen en cierto modo razón los de la acera de enfrente cuando dicen que la República ha sido el triunfo de la Institución.

¿El triunfo de una secta? ¿El triunfo de una filosofía, del «terrible krausismo», como decía Menéndez y Pelayo? Nó. El triunfo de muchas cosas necesarias, que don Francisco Giner representó, pero que apetecían también, al margen suyo, muchos españoles que no conocieron ni de vista al apóstol: el aire nuevo; la modernidad; la crítica personal de todo, sin vetos ajenos; la amplitud generosa en el criterio pedagógico; y, a la vez, una cosa formal pero de enorme trascendencia: el culto de los buenos modos, de la pulcritud, de lo que no es tertulia chabacana, ni casa liosa de huéspedes, ni café empapado de ocio maloliente; el amor al campo, a la ma-